

**Como citar este artículo:**

Torres, J.P. (2015). Pasados y presentes de la violencia en Colombia. Estudio sobre las comisiones de investigación (1958-2011). *Revista Eleuthera*, 12, 229-233. DOI: 10.17151/eleu.2015.12.13.

# **LIBRO: PASADOS Y PRESENTES DE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA. ESTUDIO SOBRE LAS COMISIONES DE INVESTIGACIÓN (1958-2011)**

## **AUTOR: JEFFERSON JARAMILLO**

JOHANNA PAOLA TORRES PEDRAZA\*

Jefferson Jaramillo, en su texto *Pasados y Presentes de la violencia en Colombia. Estudio sobre las comisiones de investigación (1958-2011)*, despliega sus reflexiones en torno a tres hitos de estas comisiones: la Comisión Investigadora de las Causas de la violencia (1958), la Comisión de expertos (1987) conocida como “comisión de los violentólogos” y el Grupo de Memoria Histórica. Para el autor estas comisiones dotan de sentido al pasado de las violencias en donde se articulan diversos relatos en una serie de tramas narrativas sobre lo ocurrido. Sin embargo para Jaramillo estas comisiones de diferente mandato, perspectiva y composición no solo interpelan el presente sino que sirven como referente para la construcción del futuro inmediato de Colombia.

Jaramillo realiza un análisis discursivo y sociohistórico de coyunturas críticas donde su apuesta analítica, es la de comprender la naturaleza de la administración y producción de los pasados y presentes de la violencia en Colombia. El potencial analítico de las comisiones está en que permiten articular significados de los contextos armados y comprender las capas temporales del conflicto y la profundidad de sus impactos.

Para él, han existido tres manifestaciones de violencia que condensan hitos históricos de ruptura y tres pasados recientes que han sido representados y gestionados mediante diversas narrativas y dispositivos oficiales. Las comisiones de estudio han sido uno de los instrumentos para dicho fin (Jaramillo, 2014, p. 23). Estas tres comisiones son vehículos de memoria histórica que articulan dos operaciones centrales de lo ocurrido en Colombia<sup>1</sup>: primero porque ofrecen formas de procesar y gestionar oficialmente las secuelas de la violencia y segundo porque contribuyen a la selección de narrativas dominantes sobre el pasado y el presente de violencia en el país.

Es así, que el objetivo de este libro es analizar cómo alrededor de estos dispositivos oficiales y de sus narrativas se evocan y omiten responsabilidades y cómo ciertos grupos y algunos acontecimientos que no son tratados en los debates nacionales y en la escena pública son

<sup>1</sup> Las comisiones son tecnologías o artefactos institucionales de construcción de memorias históricas sobre lo ocurrido en Colombia desde la década del 40 hasta la actualidad.

\* Universidad del Rosario, Colombia. E-mail: johannatp\_06@hotmail.com. ORCID: orcid.org/0000-0003-4423-6878

movilizados como “capitales narrativos” (Jaramillo, 2014, p. 24). Las comisiones de estudio producen narrativas que seleccionan ciertos acontecimientos heterogéneos sobre las violencias y el conflicto articulando diversos discursos dentro de marcos temporales e históricos. Al entender estas comisiones como vehículos de tramas narrativas se comprenden los pasados nacionales como marcos temporales que dejan una huella, que para el caso colombiano son las narrativas bélicas.

Jaramillo analiza estas comisiones bajo cuatro dimensiones de análisis que son los marcos políticos, el clima operativo y posoperativo, las tramas narrativas sobre la violencia y los informes producidos por cada una de las comisiones.

El primer dispositivo institucional que aborda es la Comisión Investigadora de 1958 que surge en el Frente Nacional la cual corresponde al ideario de pacificación, rehabilitación y modernización social del que se hablaba en esta época. Jaramillo se centra en la construcción de tramas narrativas y mecanismos institucionales sobre la violencia bipartidista y, a su vez, como estas narrativas situaron en la escena pública estrategias de gestión y de trámite de las secuelas de la *Violencia*.

Esta comisión estuvo integrada por personalidades políticas y eclesiásticas y surgió en el seno de unos pactos entre partidos, unos micropactos de paz en las regiones; en su análisis muestra como esta comisión cabalga entre los estragos que causó la *Violencia* y las alternativas de solución que ofreció el Frente Nacional a la misma. A partir de su reflexión se muestra como durante los inicios del Frente Nacional emerge una idea de pacificación nacional bajo la forma de una paz diseñada desde Bogotá que luego será trasladada a las regiones; sin embargo, en su análisis destaca como el ideal de rehabilitación pasó a ser una política de represión militar en los territorios donde la violencia se recrudeció.

Para Jaramillo, esta comisión tramitó en el presente la idea de que la paz se conseguía olvidando. Bajo el discurso de la refundación de la política que implicaba un cierre del pasado, construyó una narrativa que en parte explicaba que la *Violencia* no tenía un inicio claramente establecido; pero también una narrativa que hace un diagnóstico sobre un presente turbado por la guerra cuyo paliativo eran los decretos y las estrategias de emergencia y que finalmente lee el Frente Nacional como el comienzo de un nuevo país.

La violencia se leyó como un proceso de procesos irregulares en sus manifestaciones de los momentos detonantes y de las lógicas explicativas de un periodo que no admite la fijación de un inicio (83), por ello, lo que evidenció la magnitud de la violencia en las regiones y un análisis de las necesidades materiales de las poblaciones afectadas.

La narrativa de una gran operación de paz y de la salvación nacional consideró que no había que volver al pasado amargo que tenía el país, sino que levantaría un nuevo país. Sin embargo, esta idea de futuro fue controlado por las élites que canjearon futuro por silencio.

Para Jaramillo otro acontecimiento importante en la época del Frente Nacional es el libro *La violencia en Colombia*, que según él es la primera lectura emblemática sobre la violencia política del país porque da cuenta de otras formas de descifrar el desangre nacional a través de un análisis sociológico para construir una visión explicativa sobre el pasado, presente y futuro de la Nación. Este texto fue un vehículo de la memoria de un pasado en disputa que expresó la tensión que implicaba recuperar las huellas de la *Violencia*, es decir las implicaciones de reconstruir la historia en medio de la guerra. Legó a la ciencia social un canon interpretativo de la violencia.

El segundo dispositivo es la Comisión de Expertos; esta representa una inflexión en la forma de explicar el pasado y el presente de la violencia y mirar el futuro de la Nación, ya que leyó el pasado a partir de la noción de cultura de la violencia y como surgió de ella un pacto democrático. El autor ubica el foco de atención en el examen que hizo esta comisión en términos de enumeración y clasificación de las violencias.

El pos Frente Nacional es el marco político en el que surge esta comisión, el Frente Nacional generó una exclusión de ciertos sectores de la democracia a la vez que pacificó ciertas zonas contribuyendo a la conformación de nuevas violencias. Pasada la década de los 90 existió una superposición de la violencia política, la violencia social, la violencia cotidiana y la violencia criminal que el Frente Nacional consideraba finalizadas. Esta comisión se creó en la ausencia de unos pactos políticos para enfrentar dichas violencias.

La Comisión de Expertos nace en un contexto social que demandaba un diagnóstico realista y unas soluciones operativas para manejar la situación del país. Esta comisión no fue nombrada por decreto, sino a través del ministro de gobierno y con recursos de COLCIENCIAS. Según el autor, esta comisión estuvo enmarcada en las transformaciones mundiales intelectuales e ideológicas y de la relación del Estado con la academia. Esta comisión demandó tres actividades, principalmente, a saber: (i) reciclar investigaciones previas y transformarlas en informes; (ii) solicitar memorandos y realizar entrevistas; y (iii) recolectar y organizar datos sobre la criminalidad.

De tal manera que las tramas narrativas y las representaciones que hicieron los comisionados del pasado, presente y futuro tuvieron que ver con la lectura de una sociedad que estaba atravesada por una cultura de violencia (espirales de violencia ascendentes de generación en generación) y que debía avanzar hacia una cultura democrática (la lógica de la paz es procesable en el presente) y hacia la idea de un nuevo pacto social (es posible en un futuro romper con las cadenas de la cultura de la guerra).

En esta misma vía *Colombia: violencia y democracia*, que es el primer gran diagnóstico de las violencias contemporáneas en Colombia, postula que estos espirales ascendentes de violencia podían contrarrestarse con una cultura cívica y con el fortalecimiento de la sociedad civil. Este libro dio cuenta de las variaciones y tendencias en las manifestaciones de violencia y sus aspectos sociales, culturales, económicos y políticos; abarcando la historia política del país (política de paz, política internacional, situación de derechos humanos) que señaló la importancia de realizar un pacto social, plural y democrático.

El último dispositivo institucional que aborda el autor es el Grupo de Memoria Histórica (GMH), el cual surge en el marco de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. El GMH intentó recuperar un pasado de guerra asociado a los casos emblemáticos<sup>2</sup> de victimización y resistencia que se plantearon en términos de un proyecto de reconciliación nacional (Jaramillo, 2014, p. 159). Para el análisis de este dispositivo Jaramillo se enfoca en los alcances, las dificultades y la novedad con relación a las otras dos comisiones.

El marco político en el que surge el GMH es un escenario de negación del conflicto histórico por parte del gobierno de turno, pero también de apertura hacia políticas de reconciliación nacional; estas últimas entendidas en el marco de la seguridad democrática y la desmovilización de los paramilitares. Para el autor, en Colombia, se materializó un sentimiento de odio y repudio nacional hacia las FARC a la vez que se adelantaron procesos de negociación con los paramilitares y se realizaron los acuerdos de Ralito; lo anterior dio paso a la creación de la Ley 975 de justicia y paz.

Con este proceso emerge una narrativa transicional (equilibrio entre olvido y memoria; justicia e impunidad y reconciliación y verdad) en donde la justicia pasa por la tensión entre la visibilización de las víctimas y la revictimización (deber de memoria y razones de olvido). Para el autor estos procesos de política nacional, de seguridad democrática, de ley de justicia y paz, y de recuperación de la memoria histórica, deben ser interpretados como un *boom* humanitario y una ola memorial a nivel mundial los cuales ubicaron en la escena pública la justicia transicional y las políticas de memoria (Jaramillo, 2014, p. 175).

El GMH surge en medio de una motivación académica y política por recuperar el pasado. Como tal este cuerpo de expertos, será inicialmente una subcomisión de la CNRR la cual tenía como propósito la consecución de la verdad, la justicia, la reparación y garantías de no repetición; además, de garantizar la participación de las víctimas en el esclarecimiento judicial y en la elaboración de un informe (el cual fue limitado por su mandato legal por no tener consecuencias judiciales).

<sup>2</sup> Jaramillo da cuenta de cómo estos casos emblemáticos se centraron en las dinámicas y el crecimiento del conflicto colombiano desde lo regional, realizando un análisis sobre los criterios de selección y las críticas de abordar una ruta metodológica sobre el esclarecimiento del conflicto a partir de estos casos.

Según Jaramillo, el GMH asignó y administró unos sentidos del pasado reciente en el marco de tres horizontes: el simbólico (representado por la oficialidad y que da cuenta de un nuevo Estado que tiene condiciones políticas distintas a las del Estado del Frente Nacional o pos Frente Nacional); el ético-operativo (abordado por el GMH, donde resalta la preocupación por las dimensiones del conflicto a través de las lecturas de las masacres que trascendieron la noción de conflicto entre grupos ilegales y Estado); y el contestatario (representado en las organizaciones de víctimas que problematizaron la edición del conflicto desde 1964 hasta 2012).

Jaramillo muestra cómo con el GMH se avanzó en la comprensión del terror desde ámbitos micropolíticos de ejercicio de poder por lo que a partir de las resistencias ya no se explicó el conflicto, sino la guerra a través de un ejercicio focalizado en poblaciones indefensas. El GMH asumió la tarea de esclarecer, recordar y reparar. Por tanto, este estudio de la guerra implicó que incursionara en un ejercicio de micropolítica de la memoria (Jaramillo, 2014, p. 217). Para el autor, el GMH ha transitado de concebir en sus análisis publicados la violencia nacional como solo asociada a un pasado de terror hacia unas memorias ejemplares contra el olvido y hacia unos espacios públicos de trámite de lo ocurrido (informes y semanas por la memoria).

Hasta el momento de la publicación del libro de Jaramillo, los informes eran los principales productos de este centro convirtiéndose para algunos en plataformas de discusión y dispositivos de lucha que sirven para posicionar las voces y demandas de las víctimas. En ellos se encuentran y superponen diversas voces, donde las voces protagónicas son las de los académicos que han encontrado en estos informes un espacio para elaborar las tipologías sobre las memorias del conflicto reciente. De acuerdo con Jaramillo no se pueden entender únicamente como archivos del dolor sino, también, como dispositivos sociales de administración del pasado. Estos informes han instaurado una nueva memoria emblemática sobre la guerra que tiene un mayor contenido analítico y testimonial.

Finalmente, se podría decir que las tres comisiones son *correas transmisoras* de narrativas del país como intentos de gestión pública de las violencias, así como dispositivos de producción histórica de versiones sobre el conflicto. En donde Jaramillo sugiere que, en el contexto colombiano, se han articulado interpretaciones y contenidos ideológicos sobre la guerra a través del lente discursivo develando las maneras en que las comisiones evocan y representan el pasado, presente y futuro de la Nación, así como por medio del análisis sociohistórico se evidenció la producción y reproducción de las narrativas en medio de la guerra. Esto develó que las comisiones como dispositivos de memoria histórica dotaran de sentido los pasados y presentes de Colombia, en medio de la violencia y el dolor, tramitando verdades y condensando silencios.